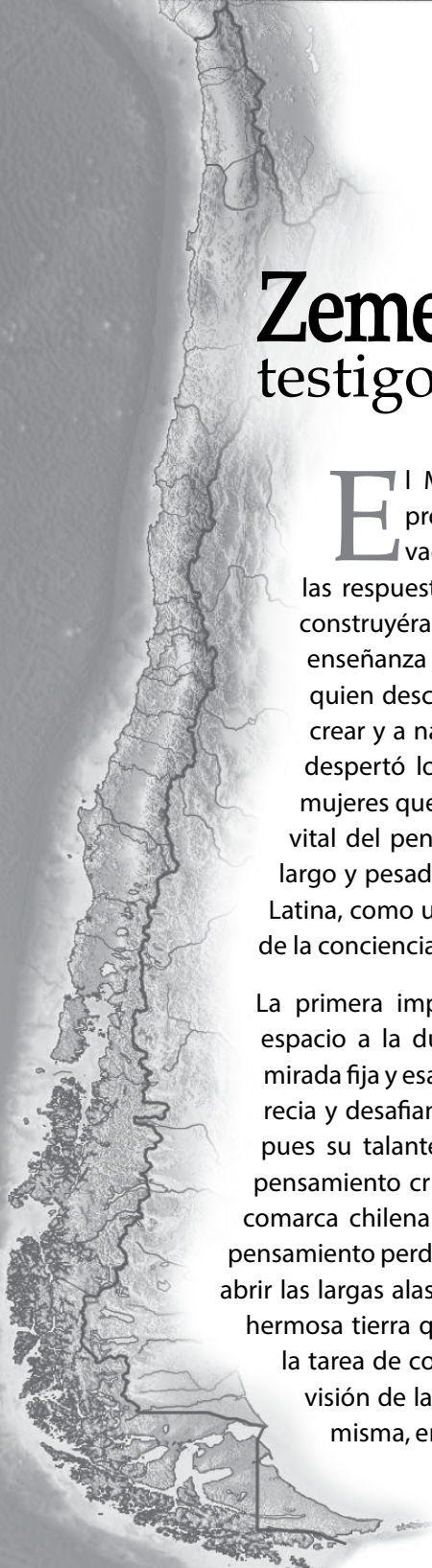
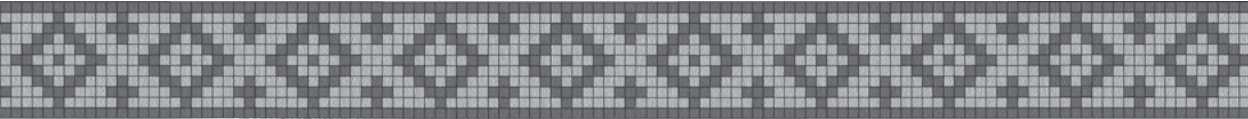




Zemelman, testigo de una época



El Maestro, se ha ido. Fiel a su costumbre, nos ha presentado lo inexorable de la vida y la muerte sin vacilaciones ni eufemismos. Se ha marchado con las respuestas que quisimos arrebatarse y que él exigió que construyéramos por nuestro propio esfuerzo, pues en su enseñanza nunca escatimó energía para propiciar que cada quien descubriera su poder interior. Retó a todo el mundo a crear y a nadie le negó la oportunidad de disentir, y con ello despertó los sentidos y los sentires de miles de hombres y mujeres que en sus palabras y sus ideas descubrieron la fuerza vital del pensamiento. Ahora, su partida llena con un silencio largo y pesado, la estancia de esta casa grande que es América Latina, como un preludio de lo que puede ser la gran revolución de la conciencia de nuestros pueblos.

La primera impresión, que suele ser determinante, no dejaba espacio a la duda. Desde el comienzo, aquel rostro adusto, su mirada fija y esa voz firme y grave, nos develaron una personalidad recia y desafiante, que no daba espacio para verdades a medias, pues su talante se había forjado en las más duras batallas del pensamiento crítico. Había venido desde muy lejos, de la remota comarca chilena que tuvo que abandonar cuando la libertad de pensamiento perdió todo sentido en su patria y no hubo espacio para abrir las largas alas de su espíritu rebelde. Por ello desde Méjico, esa hermosa tierra que tarde o temprano a todos nos acoge, reanudó la tarea de construir día a día y palabra por palabra, una nueva visión de la cultura, la sociedad, el estado, la política y la vida misma, en perspectiva latinoamericana. Reconoció y expuso



nuestras diferencias y conflictos como aspectos esenciales e inevitables de la condición humana, al tiempo que rechazó la guerra y toda forma de violencia, como indeseables expresiones de la estupidez a la que solemos entregarnos en ausencia de argumentos; quizás por eso dedicó su vida entera a enseñarnos el incontenible poder de las ideas y a señalar caminos para alcanzar la convivencia social en estos convulsionados tiempos de injusticia, mentiras y globalización, sino son lo mismo.

Aprendimos a escucharlo, aún cuando callaba, y entendimos que en su silencio bullían las ideas que iluminaban un discurso contundente y profundo, aunque casi nunca transparente, pues sus argumentos siempre exigían un esfuerzo adicional para la construcción del sentido intencionado. Comprometido hasta la médula con las causas de la transformación social de América Latina, la construcción de ciudadanía y el empoderamiento de la sociedad civil, emprendió desde hace casi cincuenta años, una lucha incansable por devolvernos la autonomía y la confianza en la democracia a través de la educación, y no descansó de su tarea ni aún en el postrer momento, cuando lo sorprendió la muerte en tierra michoacana, absorto en las reflexiones y manuscritos de su último libro. Tan solo una semana antes, había tenido la generosidad de regalarnos el artículo de apertura de esta edición, que besa el pasado de su Chile, cobre y mineral.

Cuando sus ideas superaron el estadio explicativo de la vida y asumieron la forma de teoría social, entendió que había llegado la hora de organizar una gran estrategia de formación del talento humano de nuestra región, para constituir una masa crítica que abonara terreno en la dura tarea de comprender y transformar una realidad que *-como dijera Gabo-* supera a la ficción. Desde entonces, sus argumentos y postulaciones han alimentado una nueva epistemología de las ciencias sociales, que ha calado muy hondo en la formación de cientos de académicos de muchos países, seguidores de esta nueva forma de ver el mundo, nuestro mundo. En esa perspectiva, IPECAL ha sido el epicentro de muchas iniciativas y proyectos que se fortalecen cada vez más, en la mira de reencontrarnos como sujetos, de reconocernos como latinoamericanos y reconstruirnos como pueblos. En el estudio crítico de la cultura, tradicionalmente perturbado por los artilugios academicistas, encontró las claves para interpretar nuestra particular forma de asumir el destino, y recabó en los sustratos más recónditos de la cultura popular, los elementos más auténticos del pensar, el ser, el sentir y el actuar de nuestras sociedades. Por ello estudió con avidez los problemas de los campesinos y encontró en las relaciones de poder que promueven la concentración de la



propiedad de la tierra, las razones que explican la marginalidad, el desarraigo y la transculturación de las masas populares, el fenómeno migratorio y urbanizador, la reproducción de los factores causales de la pobreza, el resentimiento social de los desfavorecidos y otros grandes males de nuestro tiempo.

La dictadura, que es una cicatriz indeleble en la piel de la historia de Chile, también lo fue para él, y cuenta de esto dan sus últimas páginas, escritas en un enorme trabajo de reconstrucción histórica que tiene la intención de ahuyentar el miedo a la persistencia de la memoria colectiva, en una época en la que las soluciones de perdón y el olvido actúan como bálsamo de las peores iniquidades. Nos advirtió que recordar *-que sigue siendo el ingrato ejercicio de volver a pasar por el corazón-* es una tarea de curso obligatorio en la construcción de las sociedades latinoamericanas, acostumbradas a reemplazar su historia por la épica ensoñación de la misma, con la intención ingenua y casi siempre tácita, de que la verdad de los hechos termine pareciéndose a su dramatización. En consecuencia, la imperiosa necesidad de reconstruir el tejido social de los pueblos sometidos a los horrores de las dictaduras, no puede soslayar la obligación moral de los intelectuales, de reivindicar los derechos civiles como un acto de solidaridad con las víctimas y un testimonio de presencia de lo humano en medio de la inhumanidad que agobia a estas comunidades, privadas de las herramientas que permitirían su autorreconocimiento y la reconstrucción de su dignidad.

En sus lecciones sentenció que la medida del ser humano se expresa en toda su magnitud, cuando se conocen sus formas de razonamiento en medio de la incertidumbre que rodea su existencia y explicó cómo la necesidad de conectar la historia con la experiencia, nos obliga a vivir decididamente el momento histórico. Esta reflexión, y la exigencia de ser consecuente con su discurso, le obligaron permanentemente a enfrentar los conflictos propios del desarrollo social de América Latina y a dar testimonio de sus contradicciones, como una forma de contribuir al debate permanente sobre nuestra realidad y las fuerzas que la construyen y deconstruyen permanentemente. De esa labor emergió la idea de que nadie puede construir un futuro para sí o para su comunidad, si no es basado en la historia que se ha cristalizado bajo sus pies, que se ha consolidado en su propia existencia, pues la historia es una secuencia de momentos presentes en los que los sujetos han construido una visión intencionada de la realidad que les rodea.

Su maestría y la perennidad de su enseñanza se dibujan más claramente en la configuración de la relación causal entre el discurso y la acción, de la



que deviene una exigencia de conducta difícilmente sostenible en medio de los vaivenes a los que suele estar sujeta una sociedad que, como la latinoamericana, ha preferido comprar una interpretación de sí misma para ahorrarse la angustia de pensar en consecuencia. Instalarse en un discurso y actuar en obediencia a ese contenido, obliga a revestirse de los mejores argumentos para sostener las conclusiones y asumir con estoicismo el rechazo social de la equivocación o la responsabilidad que esconde el reconocimiento de las verdades que no gustan, pero que son.

El compromiso con las ideas le obligó a instalarse en el presente de su discurso, a sostener sus propias conclusiones e incluso las que otros construimos con sus premisas, y de esta manera, se fue convirtiendo en un testigo de su siglo, ese siglo infame que sólo puede comprenderse en toda su dimensión ahora, más allá de la línea de tiempo que lo delimita, y que él veía con una claridad precursora de grandes crisis. Advirtió con desilusión cómo la preocupación por el conocimiento diluía la importancia del compromiso y detectó que esa ciencia sin conciencia sería determinante de la incapacidad de las nuevas generaciones para sostener los diagnósticos de su propia sociedad, por más correctos que fueran: *"Hay mucha ilustración y poca conciencia; mucha inteligencia y poca voluntad"*.

Quizás el mayor mérito de este gran hijo de la tierra chilena, haya sido instalar el pensamiento como motor del conocimiento, pues esta postura inauguró una nueva forma de concebir la ciencia en diálogo con la historia y la cultura; propuso una nueva episteme, libre de las ataduras de la ciencia institucional e institucionalizada, y con ello nos enseñó que las mejores metodologías para construir el conocimiento, no están dadas por fuera de los problemas sino que dormitan en sus entrañas; que la ciencia sin compromiso no tiene sentido ni futuro, y que el futuro no está determinado, está por construirse, con la vivencia, el sudor, las lágrimas y los sueños de nuestro propio pasado.

Un ¡GRACIAS! Enorme, querido Maestro, desde el corazón de América Latina.

HÉCTOR JOSÉ SARMIENTO R.

